



SUBJETIVIDADES MASCULINAS EN CONSTRUCCIÓN: PRÁCTICAS PROSTITUYENTES ENTRE LOS JÓVENES DEL CLUB AGRONOMÍA CENTRAL.

Nayla Vacarezza

Verónica Hendel

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Espacios, identificaciones

El propósito de este trabajo es señalar el rol de ciertos espacios de socialización masculina en el aprendizaje y la repetición de saberes que van colaborando en la emergencia de un actuar, un sentir y un pensar común asociados con la masculinidad. El interés por un “club de barrio” se debe a que éstos persisten en Argentina como espacios privilegiados de socialización, transmisión de saberes y experiencias. Allí se articulan las identificaciones genéricas masculinas, lo territorial (el barrio de Agronomía) y lo generacional (la barra de jóvenes). En el trabajo de investigación con los jóvenes en el Club de Agronomía Central¹ invocamos otro espacio significativo que consideramos clave en la elaboración de identificaciones masculinas: el prostíbulo. Utilizaremos estos dos espacios para dar cuenta de cómo ciertas convenciones con respecto a lo masculino son corporeizadas y actuadas.

La observación participante y la interacción cercana fueron las herramientas utilizadas durante la investigación que aportaron la textura que ofrece la *mirada del orfebre* (Marcus y Fisher, 2000) propia del trabajo antropológico. Con la intención de comprender el fenómeno en estudio consideramos que la participación y la inmersión subjetiva en el campo eran necesarias para esclarecer la dinámica cultural en estudio. La observación con participación y las entrevistas en profundidad fueron las técnicas utilizadas que permitieron registrar y hacer significantes dimensiones kinésicas, proxémicas, auditivas y gestuales de esa masculinidad que se construye al mismo tiempo que se pone en escena en el ámbito del club. De esta forma, se hacen significati-

¹ El Club Agronomía Central fue fundado el 11 de diciembre de 1928. Desde sus inicios el mismo se constituyó en el espacio de encuentro obligado de algunos hombres del barrio de la Agronomía, coloquialmente conocidos como “barra del club”. Dicho espacio se ha sostenido a lo largo del tiempo, en la medida en que diferentes ‘barras’ han sido asumiendo dicha forma de protagonismo. Luego del duro revés sufrido en la década del 90, época en la cual la gran mayoría de los clubes barriales cerraron sus puertas como resultado de las nuevas dinámicas que comenzó a desplegar el Estado y de las nuevas formas que asumió la vida social, hoy en día el Club Agronomía Central vive un nuevo renacer de la mano de la barra compuesta por aquellos jóvenes de entre 15 y 30 años que hoy le dan vida.

vos no sólo los sonidos del lenguaje sino también sus tonos, texturas y otros aspectos no lingüísticos, tanto como la situación en la que el discurso se despliega no sólo como voz sino también como cuerpo.

Consideramos que los discursos que estos jóvenes produjeron para las entrevistas son inseparables del espacio practicado (De Certeau, 1996) en donde sus voces se despliegan. Por eso, todas las entrevistas fueron realizadas en el bufete o en la puerta del club, en altos entre partidos de truco², mientras los jóvenes tomaban cerveza y comían picadas³, antes o después de los ensayos y presentaciones de la murga⁴. Siempre como suspensión momentánea de las actividades que realizan los jóvenes de la barra del club cuando se encuentran cada tarde en el bufete.

Una mezcla de cumbia y voces masculinas se confundía en el aire. Varones desperdigados en pequeños grupos a lo largo de un cuarto de calle por la cual no circulaban autos. "Seguro que se va a armar quilombo", suspiraban con gesto de resignación... "como siempre". El corte de calle no tenía el visto bueno de la policía. Eran vísperas de Año Nuevo. Al llegar pregunté por mi contacto, aún no había llegado. Se ofrecieron a llevarme hasta su casa, no acepté. Comencé sutilmente a intentar comunicar el motivo de mi presencia. Risas nerviosas y acusaciones cruzadas, "Él la tiene re clara", formaron parte de la primera reacción. "Si querés te invento" fue el mejor modo de abrirse paso hacia la fuga. Cuando logré que finalmente alguien se dispusiera a hablar, la aparición del grabador desvaneció la ilusión en cuestión de segundos. Entré al bufete del club como última esperanza. Ahí me presentaron ante un grupo de cuatro jóvenes que jugaban al truco, quienes llamativamente dejaron de jugar y se dispusieron a hablar. (Informe de entrevista colectiva)

Entrevistas, oralidad y performance

Consideramos que la oralidad que solicitamos en esas entrevistas puede también ser interpretada como *performance*, es decir, como actos de estilización (Butler, 1998: 297) y como eventos donde los entrevistados construyeron una voz para mostrarse ante nosotras y ante sus pares. Una voz que no puede ser escindida del marco donde se pone en escena y que es, a la vez, su condición de posibilidad.

Resulta interesante y sintomático atender a los modos en que cambian las formas en que los participantes construyen su propia voz según se trate de entrevistas individuales o grupales. En las reiteradas visitas al club advertimos una persistente dificultad para realizar entrevistas individuales conforme al diseño de investigación que habíamos planificado. Concretamente, la dificultad residía en que resultaba casi imposible separar a alguno de los jóvenes del resto del grupo y, cuando lográbamos hacerlo, nos sorprendíamos ante el hecho de que el discurso que quedaba plasmado en nuestros registros era mucho menos rico que las observaciones y charlas previas donde negociábamos la entrevista con el grupo.

La entrevista, como técnica de investigación social, por más que sea no-estructurada y muy cercana a una interacción conversacional, convoca una cantidad de supuestos epistemológicos asociados con un sujeto dueño de su voz y de sí mismo, al cual es posible aislar de su entorno. Eran estos supuestos los que terminaban por dificultar el trabajo de campo. Observamos reiteradas veces que la idea de ser protagonistas de una entrevista individual cargaba de ansiedad y nerviosismo el ambiente:

Se multiplican los comentarios y las risas, unos y otros se presionan para hablar, incluso comienzan a comentar experiencias propias o ajenas a modo de broma o humillación ("Dale, contales del 79, vos vas con

² Juego de naipes españoles originario de España, muy difundido en América Latina y especialmente en el Río de la Plata.

³ Comida típica de Argentina que se consume como aperitivo. Se trata de pequeñas porciones de diferentes ingredientes (quesos, fiambres, manías, papas fritas) que se acompañan con pan y se comen con las manos.

⁴ Género popular y carnavalesco de música, canto y baile típico del Río de la Plata. En Buenos Aires es habitual que en los clubes de barrio se organicen murgas que se presentan durante el verano en los diferentes desfiles de Carnaval.

travestis” “Contales vos que vas siempre”) pero ninguno quiere separarse del grupo para hablar. Todos parecen dispuestos a hablar siempre que sea en grupo y en tono de broma. Algunos se van, otros se acercan y escuchan desde lejos. (...) Finalmente uno de ellos responde al *desafío* propuesto y conciente en separarse del grupo para una entrevista. Los otros varones mantienen una distancia prudencial pero se nota que están prestando atención y al principio hasta parecen querer acotar (...) tuvimos que estar poniéndole freno constantemente a las intromisiones y al afán por escuchar lo que se estaba hablando en la entrevista.” (Nota de campo)

En las entrevistas individuales los jóvenes realizan constantes esfuerzos discursivos por individualizarse, se sirven de la primera persona del singular y se reconocen en su cuerpo. Aparece en este tipo de entrevistas la relación de los participantes con una interioridad y con un pensamiento que se concibe como propio. En las entrevistas individuales los interlocutores tienden a reconocerse como dueños de sus actos y aparece por momentos la culpa relacionada a la trasgresión de leyes morales. Fugazmente asoman nociones de responsabilidad individuada que están totalmente ausentes en las entrevistas grupales.

En cambio, en las entrevistas grupales surge otra voz, mucho menos reflexiva y con menos pretensiones de estabilidad, una voz que de ningún modo podemos pensar como agregación de las voces de las entrevistas individuales. La adherencia de esas voces en la entrevista colectiva genera otra dinámica comunicativa, otros tonos, convoca otros registros y temáticas, poniendo en escena un *agenciamiento de enunciación* de otro orden (Guattari y Rolnik, 2005).

Esta tensión entre lo individual y lo colectivo en relación a estos jóvenes, y su manera de identificarse con lo masculino será un nudo problemático que atravesará todas nuestras observaciones. No es nuestra intención plantear una discontinuidad radical entre el orden de lo individual y el de lo colectivo, sino pensar en ambos como una tensión, solicitándose mutuamente y posibilitando la voz de los participantes. Advertimos que en el relato aparecen alternativa pero solidariamente, modos diferentes de individuación, “...momentos en que la subjetividad dice yo o superyó, momentos en que la subjetividad se reconoce en un cuerpo, o en una parte de un cuerpo, o en un sistema de pertenencia corporal colectiva.” (Guattari y Rolnik, 2005: 47)

Sistemas de pertenencia corporal colectiva

Detengámonos por un momento en los *sistemas de pertenencia corporal colectiva* mencionados por Guattari y Rolnik. Los mismos insisten en las formas en que los jóvenes hablan acerca de sus cuerpos en las anécdotas prostibularias. La performance como masculinos de los cuerpos de los participantes en el ámbito prostibulario está fuertemente asociada a su aparición colectiva, a la agregación de cuerpos masculinos:

Corrimos todos en bolas... la corrimos por la mesa... si... eso depende del estado nuestro también. Si, depende del mambo⁵ nuestro. (Martín, 23 años, entrevista colectiva)

Y una vez que fuimos a un departamento y éramos 8... y nos metimos en una habitación... fue muy divertido ese día... es que iban entrando de a una para elegir y todos eligieron (Pablo, 27 años, entrevista individual)

- Éramos doce y de los doce pasaron nueve, hubo tres que no pasaron. La mina estaba en una habitación y nosotros íbamos pasando.

- De hecho, se aguantó a los diez. No sé si por necesidad o porque le gustó, eso no lo sé (risas). (Martín y Laureano, 23 y 25 años, entrevista colectiva)

La agregación de los cuerpos masculinos en la narración permite advertir la emergencia de algo del orden de lo desmesurado y del exceso. Cuando hay ocho jóvenes corriendo desnudos en una habitación ya no impor-

⁵ Término rioplatense empleado para hacer referencia a una confusión, lío, locura, ideas fijas o a una situación de difícil resolución.

tan los cuerpos individuales y emerge una maquinaria mayor que exhibe su potencia y su materialidad corporal, que canta y baila exhibiendo orgullosamente su desnudez, que goza en el acto de mostrar ese cuerpo ajeno a la conciencia por el exceso de alcohol. El baile es central en este clima en el que emerge el cuerpo masculino devenido colectivo, es un ambiente festivo y ruidoso, donde prima la música y la risa desmesurada, el *cagarse de risa*.

Parecería coherente hablar de un devenir-masculino fuertemente asociado con un devenir-colectivo o devenir-manada⁶. Es interesante pensar cómo este cuerpo colectivo se construye discursivamente, siempre en contraste con la individualidad corporal de la mujer prostituida que se *aguanta a los diez*. En las entrevistas donde se narran visitas en grupo a los prostíbulos siempre el número de varones es marcadamente superior al de mujeres. En este sentido, es claro cómo la identidad masculina se construye en ese espacio no en relación a sí misma, como una esencia que se despliega, sino por contraste con otro-cuerpo femenino que es individual y que es capaz de *aguantar* la potencia del cuerpo colectivo masculino.

Ese otro-cuerpo, constitutivo del propio, debe actuar su parte, está encargado de seguir el guión que hace posible el devenir-colectivo o devenir-manada masculino al permitirle (re)actuar y (re)experimentar estos actos. El cuerpo individual de la mujer prostituida actúa como escenario sin el cual el libreto del género no podría ser actuado, ni reproducido una vez más como realidad. Resulta interesante cómo, discursivamente, la identidad de la mujer prostituida asociada a este cuerpo *aguantador* emerge también por contraste con la identidad de *las amigas* que no pueden ser *agarradas* porque *no van a estar de acuerdo*. Ellas son concebidas como mujeres que seguramente se negarían a acceder al tipo de prácticas que se les solicita a las prostitutas. Asimismo, no pueden ser forzadas, su consentimiento es necesario en cualquier práctica sexual:

...cosas que lo podés hacer ahí nomás porque no vas a agarrar a tres amigas y vas a hacer eso porque no van a estar de acuerdo.... (Javier, 22 años, entrevista individual.)

“...en el grupo nuestro es más un ritual...”

La categoría de ritual fue introducida reiteradamente por los propios participantes:

Lo que pasa es que es más un... por lo menos en el grupo nuestro es más un ritual que el hecho en sí de ir a buscar estar con una mina. Es más el hecho de ‘¡ah, vamos...!’ , pah, pah... y entrar y quilombo a algún lugar o un departamento o donde sea que el hecho de... si no, uno iría solo, y solo no vas, siempre vas con amigos, viene más por ahí me parece la historia. (Sebastián, 25 años, entrevista individual)

El término ritual da cuenta de una actividad de tipo colectiva, cuyos interlocutores privilegiados son, precisamente, otros hombres. Se trata de un encuentro que integra y resuelve, sintetiza y hace converger en su ejercicio un sentir y un actuar común asociados a la masculinidad. Así como la antropología concibe a los rituales como dispositivos privilegiados para acceder a las formas de vida, de pensamiento, de usos del lenguaje y de convivencia social de otros pueblos, culturas y épocas; las prácticas que los propios miembros de la barra del Club Agronomía denominan como *ritual*, también pueden ser pensadas como espacios de condensación de una identidad masculina que precisa ser actuada para transformarse en una categoría del orden de lo real.

El *ritual*, tal como lo describen sus protagonistas, está fuertemente asociado con el grupo, es una acción que tiene sentido en la medida en que hay un otro con el que se comparte esa experiencia y por eso parecería tejer un lazo entre los participantes. Lo importante no es *buscar estar con una mina* sino hacerlo con los pa-

⁶ Apropriadonos libremente de las elaboraciones de Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas*. Valencia: Pretextos.

⁶ En Argentina y Uruguay esta palabra es habitualmente usada en la actualidad para referirse a un desorden, un alboroto o un escándalo. También se usa para referirse a los prostíbulos. En sus orígenes se utilizaba para nombrar a los lugares escondidos y de difícil acceso donde se escondían los esclavos que huían de sus patrones.

res, la experiencia adquiere valor y sentido en tanto experiencia colectiva que los vincula, que deja como huella una anécdota que se invoca como prueba de que aquello ocurrió y como afirmación de ese lazo. Si la identificación de género es real sólo en la medida en que es actuada, ese actuar siempre es una experiencia compartida, una *acción colectiva*.

“...una salida obligada...”

La necesidad de ir al prostíbulo puede entenderse como un ritual y también como dispositivo creador de lazos, como fuente de anécdotas compartidas. Volvemos nuevamente la mirada en este punto hacia los vínculos ritualizados que unen a los participantes, a preguntarnos acerca de su producción y funcionamiento:

- ¿Un ritual qué vendría a ser?
- Claro, es como decir, es una salida obligada a determinada edad... no, a esta edad no, yo tengo 27 años y no, pero a los 20, 22, 23... es como una salida obligada. (Sebastián, 25 años, entrevista individual)

El ritual que crea la anécdota es algo obligado a cierta edad, algo que debe hacerse porque actúa como bisagra, punto de inflexión o umbral. El prostíbulo, las prostitutas, *hacer quilombo*⁷, *que te toquen*, *cagarte de risa*. Acciones y personajes cobran sentido en la trama de la anécdota, en tanto hay un interlocutor masculino que permite que lo actuado se transforme en narración. Huella que permitirá reactualizar una y mil veces aquella actuación emblemática. El prostíbulo emerge, entonces, como pieza clave, paso obligado hacia un orden y un mundo varonil que posibilita la emergencia de ciertas identificaciones genéricas:

...y después al otro día contás y te acordás de lo que viviste pero en realidad no vas a decir ‘Uy, qué buena que estaba la mina’. No, eso es lo de menos..., me parece, qué sé yo. El ritual es lo que fue ir y qué se yo... qué quilombo que hicimos y que se toquen y hagan algo y aplaudimos y nada más... (Laureano, 25 años, entrevista individual)

Ningún papel es concebido para ser interpretado por única vez. “Toda acción social requiere una performance repetida. Esta repetición es a la vez reactuación y reexperimentación de un conjunto de significados ya socialmente establecidos; es la forma mundana y ritualizada de su legitimación” (Butler, 1998: 307). El ritual se define a sí mismo por su repetición. Si el prostíbulo es uno de los escenarios por excelencia de la *performance* como masculinas de esas subjetividades, dicha actuación debe tener lugar periódicamente. No se va al prostíbulo una vez, es en la reiteración, en la visita periódica, en la experiencia compartida, que cobra plenamente su sentido para los jóvenes del Club Agronomía. Al comienzo, como iniciación de la mano de los mayores, y luego como reactualización de una identidad nunca completamente constituida, imposible de ser suturada.

La repetición es precisamente una de las formas de atenuar el riesgo al que la misma se ve expuesta. Respuestas ante el conflicto y la duda, reaseguros frente a la amenaza constante. Si las identidades genéricas no son del orden de lo naturalmente dado, entonces su reactualización se vuelve una exigencia porque es allí, en una serie de actos que necesitan ser renovados, revisados y consolidados en el tiempo, donde las mismas son construidas. Siguiendo a J. Butler podemos concebir al cuerpo con género, entonces, como una herencia de actos sedimentados y en constante sedimentación.

Lo que queda afuera

Una vez me acuerdo que fui... esa vez fue muy loca porque me acuerdo que me había peleado con una novia de 5 años y estaba arruinado, estuve mal como un año, pero mal, mal... Y un día fui pero no hice nada. Fui, entré y estuve como una hora hablándole de lo que me pasaba, no pasó nada, ni me saque la ropa, nada... Cuando terminé le pagué y me fui. (Martín, 23 años, entrevista individual.)

Así como el ritual de ir al prostíbulo supone la actuación de una identidad asociada a lo masculino, aquello que parecería quedar en las sombras, lo que escapa a la imagen que devuelve el espejo es, justamente, la fragilidad de los lazos que los vinculan entre sí.

Detengámonos en los vínculos afectivos que unen a ese cuerpo masculino devenido colectivo. Cuando el prostíbulo como espacio significativo es re-contextualizado en el club, su territorio por excelencia, y en la trama de las relaciones sociales que lo tornan significativo, comienzan a hacerse visibles ciertas grietas. Resquebrajaduras que nos hablan de las características de esos lazos de masculinidad que salen a la luz dejando entrever, en su modo de funcionar, su propia debilidad. Al sumergirnos en el relato de Martín, uno de los entrevistados, podemos observar que la mujer prostituta, aquella que siempre queda en un segundo plano, cuerpo fundamental sin el cual la escena no tendría sentido, cobra repentinamente un protagonismo impenso. Martín sostiene, hablando del momento en que rompió con su novia “*estaba arruinado, estuve mal*” expresando un momento de angustia, situación de soledad por excelencia que experimentamos cuando sufrimos un desamor. También es ese el momento en que los lazos se ponen a prueba, en que los afectos cobran una dimensión inesperada. Sebastián, sin embargo, no encuentra esa contención entre sus amigos de la barra del club, sino que recurre al prostíbulo para ser escuchado.

¿Qué tipo de subjetividades se producen allí donde los jóvenes de la barra del Club Agronomía se encuentran cada tarde? ¿Puede la fragilidad de sus vínculos ser pensada como aquello que subyace a la potencia desplegada en el prostíbulo? En tal caso, ¿cuáles serían las características de esas identidades de género actuadas y reactualizadas una y otra vez?

El prostíbulo como espacio significativo, pero también como dispositivo que forma parte de esa compleja trama en que tiene lugar la producción de subjetividad. Considerar la visita al prostíbulo como dispositivo o maquinaria nos obliga a pensar en subjetividades fabricadas, modeladas, recibidas y consumidas. Las cuales no funcionan sólo en el registro de las ideologías, sino en los propios cuerpos y subjetividades de los individuos, en su manera de percibir el mundo, de articularse con el tejido urbano, de experimentar su sexualidad. Ubicarla plenamente en el registro de lo social, sin embargo, no debe confundirnos de registro, la subjetividad no es susceptible de totalización o de centralización en el individuo. Una cosa es la individuación del cuerpo, y otra la multiplicidad de los *agenciamientos de subjetivación* (Guattari y Rolnik, 2005: 46). En otras palabras, la subjetividad es esencialmente modelada y fabricada en el registro de lo social.

Tentación y coacción

El carácter performativo del género implica que éste se realiza en la actuación, y sólo ella lo torna real. Ciertos actos, como la visita al prostíbulo, son comúnmente interpretados como expresión de un núcleo de género, de una identidad que se despliega cuando en realidad, “...esa identidad se construye performativamente por las mismas expresiones que, según se dice, son resultado de ésta.” (Butler, 2001a: 58) Es justamente en la actuación que cada acto se abre a la posibilidad de conducirse de acuerdo a las normas y las expectativas que estas generan entre los pares o, por el contrario, cuestionarlas.

Estas expectativas normativas se solventan en una cierta percepción del sexo, que es entendido como dato fáctico derivado de características sexuales primarias que naturalmente se asocian con ciertos repertorios de estilos corporales, conductas y deseos.

No escuchamos sólo una vez argumentos similares a los de Juan:

...un tipo que te diga que nunca fue a un puterío no le voy a creer. Una vez lo llevaron arrastrando aunque sea. (Sebastián, 25 años, entrevista individual.)

En el acto de “arrastrar” a alguien hacia un lugar (“lo llevaron arrastrado”) se expresa el peso de la expectativa, el vigor del código. La posibilidad de semejante despliegue de coacción y violencia no es más que un síntoma de lo que excede a esta supuesta naturalidad. La inexistencia de una identidad pre-existente nos habla del funcionamiento de ficciones sociales que, lejos de ser una mera fantasía, constituyen el rígido marco regulador que hace posible toda actuación y que no excluye las sanciones.

El postulado de una verdadera identidad masculina, cuyos atributos deben actuarse también en el ámbito prostíbulo, se revela de este modo como una ficción regulatoria. Si las identidades genéricas sólo pueden ser concebidas como performance, el esencialismo genérico no puede ser pensado sino como dispositivo de regulación y control. Identidades socialmente forzadas, *arrastradas* en su propio devenir. Como nos dijo Juan, un muchacho que manifestaba demandar prostitución sólo por cumplir una obligación con los amigos:

Los pibes son así... no se... me han presionado miles de veces. Me he sentido presionado en algún cumpleaños, vamos todos y yo no.” (Juan, 26 años, entrevista individual)

En el enunciado citado es posible advertir la fuerza de la presión ejercida por la barra, por la instancia colectiva, que encarna la exigencia de citar la norma. En la búsqueda de conformar una aparente sustancia identitaria la barra presiona para que quienes actúan mal el propio género se encaucen. La conducta de quienes no quieren participar de estas instancias de construcción de la masculinidad resulta inverosímil para los otros, y son, en algún punto rechazados por el grupo.

El castigo o la marginación son los destinos de aquellos que fallan en representar el guión de su “previamente asignada” identidad. Romper la ilusión de un género esencialista, salirse del juego de espejos capaz de dar lugar a la ficción de un género naturalmente dado, equivale a experimentar el apremio, la presión y la coacción del grupo de pares. Pero, sobre todo, pesa en los jóvenes la amenaza de ser rechazado, el temor que provoca la fantasía de quedar afuera del grupo. El deseo de ser reconocido como par y de persistir en esa solidaridad colectiva es, muchas veces, el motivo principal de la visita al prostíbulo:

La verdad que no se bien como fue... la cuestión es que nos fuimos a Envidia. A mí mucho no me entusiasma la idea pero fui porque estaban los pibes de última... fue algo medio así, medio bizarro y vamos... medio en joda, medio en serio... terminamos arreglando con algunas chicas y bué, fue redivertido. (Juanma, 24 años, entrevista individual)

No se trata sólo de coacción del grupo sobre los individuos díscolos sino principalmente de los repertorios de placer, tentaciones y motivaciones que la norma inscribe en los sujetos que la encarnan. Habitar el espacio del prostíbulo colectivamente, poseer sus mujeres, sentir sus aromas, enceguecerse con sus colores y emborracharse con su música. Sumatoria de elementos que constituyen uno de los tantos hilos de la trama de producción de subjetividades masculinas en un “...devenir que no es un asunto sencillo ni continuo, sino una práctica incómoda de repetición, llena de riesgos, impuesta pero incompleta.” (Butler, 2001b: 41)

Prostituyentes incompletos

Cada actuación, cada visita al prostíbulo es la ejecución de una norma que necesita ser citada y de sujetos que necesitan citarla, reafirmarse en ciertas identificaciones que son siempre históricas y contingentes. Evi-

denciando así el vínculo apasionado entre la ley y los sujetos, la normatividad que los subordina, que nunca pueden corporeizar por completo y que es, a la vez, la matriz en la cual emergen placeres y tentaciones.

La desmesura de la voz y la corporalidad devenida colectiva que los participantes ponen en escena cuando narran sus anécdotas prostibularias constituye un esfuerzo por afirmarse en una identidad colectiva que está débilmente constituida en el tiempo pero que tiende a percibirse y actuarse como sólida, estable y potente.

Este tipo de actuaciones y percepciones de sí como colectivo, estable y cohesionado se hacen más evidentes en el club en tanto “espacio de masculinidad” en cuyas normas los jóvenes se han socializado. Los actos que realizan fueron llevados a cabo antes de que ellos llegaran a estos escenarios.

Reproducción que por medio de la actuación abre, al mismo tiempo que obtura, la posibilidad de emergencia de otro tipo de identificaciones genéricas. Es, precisamente, en la naturaleza performativa de las mismas donde radica ese margen de acción y decisión, es decir, la posibilidad de conducirse de acuerdo a las normas, lo establecido, pautado y regulado o asumir el riesgo de cuestionarlas. La gran mayoría de los jóvenes de la barra del Club Agronomía no sólo se inclinan por la primera opción, sino que expresan descarnadamente la triste pasión que los une a un libreto que nunca lograrán interpretar a la perfección. Obra inacabada que deberán reactualizar una y otra vez, identidades contingentes que requerirán ser reafirmadas en el club, la calle, el prostíbulo o la instancia que momentáneamente habiten.

El libreto requiere de los actores, tanto como el prostíbulo de sus clientes. Ninguno de los dos podría existir sin aquello que los torna significantes, los interpreta o los echa a andar. Maquinarias de producción de subjetividades en las cuales el funcionamiento y el resultado del mismo se tornan difusos. Espacios de socialización y regulación, donde sin embargo siempre resta un margen, una grieta o resquebrajadura desde la cual experimentar otros modos de la masculinidad. Posibilidad de emergencia de otras identificaciones genéricas que los jóvenes del Club Agronomía deciden cotidianamente desechar.

Bibliografía

- DE CERTEAU, MICHEL. La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer. Universidad Iberoamericana/ITESO/ Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, 1996.
- DELEUZE, GILLES y GUATTARI, FÉLIX. Mil mesetas. Pretextos, Valencia, 2002.
- BUTLER, JUDITH. “Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista”, en *Debate feminista*. Nº18, 1998, pp. 296 a 314.
- BUTLER, JUDITH. El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad. Paidós, Buenos Aires, 2001a.
- BUTLER, JUDITH. Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción. Cátedra, Madrid, 2001b.
- GUATTARI, FÉLIX y ROLNIK, SUELI. Micropolítica. Cartografías del deseo. Ediciones Tinta Limón, Buenos Aires, 2005.
- GUBER, ROSANA. El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Paidós, Buenos Aires, 2005.
- MARCUS, GEORGE y FISCHER, MICHAEL. La Antropología como Crítica Cultural Amorrortu, Buenos Aires, 2005.
- PERLONGHER, NÉSTOR. El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo. Paidós, Buenos Aires, 1999.

VERÓN, Eliseo. 2002. Cosmologías. *Revista Encrucijadas*. N°18. pp. 72-83.

VICH, VÍCTOR y ZABALA, VIRGINIA. *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas*. Norma, Buenos Aires, 2004.